

Grande eclipse del sol jacobinico y de la luna franciscana por la libertad, abril y mayo del año IV de su nombre.

La Felicidad francesa, dedicada á los jacobinos, 1792.

El Genio frances ó Problema que resolver sobre el laberinto de las varias tramas, marzo de 1792.

Los Derechos de la muger, á la reina.

Esposicion ó Carta al rey, á la reina, etc.

Cartas á la reina, á los generales, etc., con la descripcion de la fiesta del 3 de junio de 1792.

Aviso urgente á la convencion, por una verdadera republicana.

Cartas de Olimpia de Gouges al presidente de la convencion, en que se ofrece á defender á Luis XVI.

Testamento político de Olimpia de Gouges, 4 de junio de 1793. (año 1.º)

Las tres urnas ó la Salud de la patria, 1793.

Olimpia de Gouges ante el tribunal revolucionario, 1793.

Madama de Gouges compuso ademas las dos novelas siguientes:

Memorias de madama de Valmont, en forma de cartas.

El Príncipe filósofo, cuento oriental, dos tomos en 12.º, 1791.



LA SEÑORITA DE ORBE.

LA SEÑORITA DE ORBE.



ME aquí una muger que tuvo la jactancia de emprender la composicion de un elogio al gigante de la revolucion, que se atrevió á medir las alturas de ese genio incommensurable, y describir el vuelo de esa águila que se remontaba á las nubes; en una palabra, que tomó á su cargo, en calidad de presidenta de la sociedad de amigas de la constitucion de Santo Domingo, el discurso que se tuvo que pronunciar en este club con motivo del aniversario de la muerte de Honorato Riquetti de Mirabeau!

Bien podia preguntarse: *¿Como ha muerto este hombre que salvaba Israel?* No absolutamente en el sentido de la escritura, esto es, si era posible que hubiese muerto, mas ¿de que modo habia muerto? ¡Muerto á la edad de cuarenta y dos años, ese hombre de atlética pujanza tanto física como moral! ¡Herido mortalmente al dia despues de haberse arrojado como un leon por cinco veces distintas á esa tribuna que su fogosa elocuencia bamboleaba, agitaba y gobernaba con tal imperio! ¡Caido como el temible Leicester, en medio de su triunfo!

¡Cuantas versiones diferentes se hicieron sobre este suceso! La primera fué la del veneno. Esos treinta á quienes habia

impuesto silencio con tanta altivez, ¿hubieran acaso tratado de vengarse imponiéndoselo á él para siempre? (Recuérdese este dicho célebre, que dirigió Mirabeau al extremo izquierdo: «Silencio á los treinta»). ¿Hubo por ventura quien, durante el banquete de la víspera, mezclase alguna pócima en el vino tan delicioso que le sirvió por repetidas veces la hermosa actriz que le servía de copero? ó mas bien ¿no fué el mismo, ya estenuado con vigiliias, trabajos y escesos de toda clase, quien en aquella noche de extraordinaria excitacion y descomedido holgorio se preparó el acónito que le mató? (1). Finalmente ¿no pudo ser su muerte el efecto necesario de una reunion de causas naturales, mas bien que el resultado de una curacion errónea de su médico Cabanis, que muchos biógrafos suponen equivocó la naturaleza del mal?

Tales son las preguntas que unos á otros se hicieron durante mucho tiempo.

Duró algunos días que las sospechas de una muerte violenta pesaron sobre la faccion que ansiaba precipitar la revolucion á sus mas extremas consecuencias, y veía en Mirabeau un obstáculo tanto mas temible por cuanto se le acusaba desde el mes de mayo de 1790, de haberse vendido á la corte, cuyos proyectos favorecia. Mas de una vez esta faccion habia hecho anunciar por las calles la *gran conspiracion de Mirabeau!* y en varias sesiones de la asamblea se le habia designado con estas palabras: *Catilina está en nuestras puertas*; y se habia gritado: ¡Al traidor! ¡á la venalidad! cuando trataba de sostener la emigracion ó el *veto*; y los autores de las *Actas de los apóstoles* publicaban en todas partes su retrato con esta inscripcion:

Vendit hic auro patriam....

.. Tixit leges pretio atque refixit. VIRG. ÆN.

(1) El último número del periódico titulado el Apocalipsis, contiene una apología muy satírica de la hermosa Coulon, que era la actriz de quien se trata, y cuyas gracias le grangearon la acusacion de homicida involuntaria. Explica ella misma al periodista Sulleau las circunstancias de aquella noche tan deliciosa y tan fatal, tratando de justificarse de un crimen que segun dice ella no habia del todo provocado.

En el dia ya no es admitida la opinion de una muerte siniestra con respecto á Mirabeau; pero lo cierto es que aquel suceso puso todos los ánimos en agitacion y produjo una conmocion general. El rey en particular sintió en el alma la pérdida de aquel hombre que verdaderamente *salvaba Israel*. «El monarca, dice M. de Bouillé, privado del apoyo de este diputado, se vió reducido á volver á su primer proyecto de evasion; y el mismo Mirabeau dijo al morir que llevaba consigo el duelo de la monarquía, que no tardarian los facciosos en repartirse sus despojos, y que si él hubiese vivido hubiera reunido sus fragmentos dispersos.» Efectivamente, el plan estaba combinado, y despues del 10 de agosto se halló en el armario de hierro una cuenta razonada de los medios empleados por el intendente del real patrimonio para hacerle adherir á los intereses del rey, y una carta del mismo de la cual resultaba que Mirabeau se habia vendido al oro.

¿Es cierto empero que hubiese podido salvar el trono, y contener por sí solo la horrorosa torrentada que lo arrastraba? No lo piensa así el conde de Maistre, pues en sus excelentes observaciones sobre la Francia, página 15, se lee lo siguiente: «Habia facciosos menos brillantes pero mas hábiles que él, que se servian de su influencia en propio provecho, y mientras él peroraba en la tribuna, no era mas que su juguete... Cuando estaba en el mayor auge quiso tan solo asomar al ministerio, y sus subalternos le repelieron como á un niño.» La exactitud de estas ideas se ve corroborada en la lucha que tuvo que sostener en el proceso contra el célebre Portalis, quien le cogió en el lazo que le habia tendido, viéndose al toro furioso herido por el tábano presentar por sí mismo el hjar, y lleno de torpe rabia servir á su propio enemigo.

No diremos con M. Thiers que *fué echado menos por todos los partidos, porque todos confiaban en él*. Muy lejos de esto, la izquierda le consideraba como un traidor. Todos fueron á sus funerales á causa del prestigio de su talento prodigioso; pero muchos de los que asistieron los tomaron interiormente como una fiesta. El error que la revolucion dependía de un solo hombre, y que se tratase de depositar exclusivamente en Mirabeau sus inmensos destinos, es haber formado muy ma-

la idea de esta revolución, que por cierto tenía miras algo más elevadas.

Tampoco debía habersele atribuido la siguiente expresión que pusieron en sus labios, dirigida á su criado: «Sosten esta cabeza, que es la más vigorosa de Francia» (1). Palabras henchidas de orgullo y de ridícula jactancia, sobre todo dirigiéndose á un lacayo, que desdican de la magnanimidad que Mirabeau conservó hasta los últimos momentos. Peuchet y Cabanis van fundados declarando que jamás ha proferido semejante cosa.

Por lo que toca á la señorita de Orbe, su elogio fúnebre de Mirabeau versa principalmente sobre lo mucho que ha ganado su sexo en la nueva era de libertad que este último á su vez ha fundado. «En calidad de ciudadana libre, dice, seré fiel á los sentimientos de mi corazón al reproducir los beneficios que ha procurado á las mugeres, y el reconocimiento que le debemos. Antes de la revolución, nosotras estábamos condenadas al olvido y reducidas á las ocupaciones caseras y la educación de nuestros hijos, viéndonos privadas de los beneficios de las leyes; permanecíamos en deshonrosa obscuridad, sufriendo amargamente el sentimiento de nuestra degradación: Mirabeau dió á conocer el bien de la libertad, y rehabilitó los ya olvidados derechos del hombre; y al mismo instante rasgóse la venda que nos ocultaba la verdad. A la voz de ese grande hombre nosotras nos convertimos en ciudadanas libres, etc.»

Sin embargo, Mirabeau no estaba dispuesto á hacer gran cosa á favor de los derechos de las mugeres, pues era de aquellos que las quieren para su regalo y utilidad, y nada más. En su grande obra sobre la educación pública (páginas 39 y siguientes), se espresa de este modo: «La muger debe reinar en el interior de la casa, pero no en otra parte. No por esto es menos dilatada su jurisdicción, pues su esposo le tiene no menos consideración que cariño, y la consulta en los casos más árdulos; sus hijos le están tierna y religiosamente

(1) *Idem*, tomo 1.º, página 302.

sometidos; mantiene la paz entre sus parientes y vecinos; derrama en torno de sí saludables consejos, limosnas y ausilios, etc. De este modo, cerrada á las mugeres la entrada de las reuniones públicas, donde su presencia ocasiona desórdenes de más de una especie, y excluidas de las funciones políticas que por ningún estilo les convienen, siento mucho al mismo tiempo que no se les haya admitido en el consejo de familia, del cual á mi entender debían haber sido el alma, y que no se haya aprovechado esta ocasión para establecer las diferencias sociales de los hombres y las mugeres en un orden de cosas conforme al admirable plan del autor del universo...» En otro lugar de la misma obra ofrece Mirabeau dar nuevas ideas para amalgamar y fundir más rápidamente los hábitos de ambos sexos en el espíritu de las nuevas leyes, y dirigir hácia el patriotismo la influencia de aquel de los dos que tendrá siempre por atributo, dice, el dar un poderoso atractivo á los gustos que inspira y de que participa.»